

Introducción a la semana

Nos sigue acompañando la I Carta a los Corintios que nos brindará densos argumentos: la tradición sobre la Cena del Señor, el símil del cuerpo que Pablo lo borda en su aguda pedagogía, el himno de la caridad, la resurrección de los muertos como argumento ineludible de la predicación y resurrección cristianas, pues la de cada uno de nosotros está unida a la de Cristo.

El evangelio nos mostrará a lo largo de estos días cuáles son las obras de Jesús Salvador: curación del siervo del centurión, resurrección de la hija de la viuda de Naín, lamentación de Jesús acerca de la presente generación, el bello relato de la pecadora perdonada, el apunte acerca del entorno personal más inmediato de Jesús por los caminos galileos, y, por último, la conocida parábola del sembrador.

Jesús cura y perdona, consueta y acompaña; Jesús, en definitiva, humaniza.

Lun
15
Sep
2014

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario

Hoy celebramos: Nuestra Sra. la Virgen de los Dolores (15 de Septiembre)

“Junto a la cruz de Jesús estaba su madre”

Primera lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 5, 7-9

Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial.

Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna.

Salmo de hoy

Sal 30, 2-3a. 3b-4. 5-6. 15-16. 20 R/. Sálvame, Señor, por tu misericordia

A ti, Señor, me acojo:

no quede yo nunca defraudado;

tú, que eres justo, ponme a salvo,

inclina tu oído hacia mí. R/.

Sé la roca de mi refugio,

un baluarte donde me salve,

tú que eres mi roca y mi baluarte;

por tu nombre dirígeme y guíame. R/.

Sácame de la red que me han tendido,
porque tú eres mi amparo.

A tus manos encomiendo mi espíritu:

tú, el Dios leal, me librarás. R/.

Pero yo confío en ti, Señor,

te digo: «Tú eres mi Dios».

En tu mano están mis azares:

líbrame de los enemigos que me persiguen. R/.

Qué bondad tan grande, Señor,

reservas para los que te temen,

y concedes a los que a ti se acogen a la vista de todos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 19, 25-27

En aquel tiempo, junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena.

Jesús, al ver a su madre, y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre:

- "Mujer, ahí tienes a tu hijo".

Luego dijo al discípulo:

- "Ahí tienes a tu madre".

Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.

Reflexión del Evangelio de hoy

Él, a pesar de ser hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer

Como en el resto de los escritos neotestamentarios, Cristo es también el protagonista de la Carta a los Hebreos, de cuya presencia se subrayan tres dinamismos salvadores: ofreció oraciones con gritos y lágrimas, hizo el aprendizaje de la obediencia sufriendo y se tornó en causa de salvación. Tres acciones que nos ponen de manifiesto todo el arco vital y teológico de Jesús de Nazaret; pues de esta manera demuestra que pasó por nuestra tierra haciendo el bien, que ningún sufrimiento humano le es ajeno y que culminó toda la tarea salvadora encomendada con obediencia al Padre y fidelidad. Recorrió nuestra historia con todas sus consecuencias, el Padre estuvo siempre con él y el mismo Padre lo escuchó rescatándolo de la muerte y resucitándolo para nuestra salvación. Por compartir nuestra condición humana no disfrutó de ninguna exención, salvo el pecado, triunfó sobre nuestra condición mortal acercándonos a Dios con el regalo de la resurrección, y lo hizo todo con una admirable fidelidad al diseño salvador de Dios: que todos seríamos recreados por la vida nueva que nos ganó su Hijo.

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre

Si nuestra salvación se solventa con la inquebrantable fidelidad de Jesús de Nazaret al proyecto liberador de Dios Padre, el rol de María queda más que resaltado con la fidelidad que ella acredita a la persona y mensaje de su hijo. Al pie de la cruz, que es algo más que ubicación en un escenario de emoción salvadora; al pie de la cruz con el ornato más bello posible: su dolor solidario, la mejor escuela para que esta madre sea también la privilegiada escucha de nuestros dolores. Se me antoja que es el oportuno lugar para esta madre que guardó tantas cosas bellas en su corazón. Y bueno será reclamar esta escena, esta imagen, para corregir la desmesura de disfrazar las lágrimas de una madre en transparencias de piedras preciosas, o de sublimar un rostro surcado por el inenarrable dolor de perder a un hijo con rostrillos, preseas y coronas que nada dicen del misterio de solidaridad y anonadamiento compartido por madre e hijo. Y a partir de aquí, la madre y la comunidad, María y el discípulo predilecto, sin falsear la vivencia humana a redimir, sin disimular nuestros condicionantes como criaturas, pero con la autoridad moral de saber estar cerca, muy cerca de los focos de inhumanidad, que si bien se curaron en la cruz de Jesús, queda a la comunidad de seguidores del Maestro hacer llegar al paisaje dolorido de nuestro mundo el bálsamo de la gracia y la misericordia. Jesús el Señor y su Madre María avalan el compromiso samaritano del Pueblo de Dios aquí y ahora.



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Nuestra Sra. la Virgen de los Dolores

María, asociada a la Cruz de Cristo

La fiesta, o «memoria» de Nuestra Señora de los Dolores se celebra en la Iglesia católica el día 15 de septiembre, el día siguiente a la celebración de la «Exaltación de la Santa Cruz». La razón de esta celebración y su ubicación en el calendario litúrgico obedece a un mismo postulado: la relación especialísima que la Virgen María tiene con la cruz, en que murió su Hijo, clavado en sus brazos, y el contenido teológico, espiritual y simbólico que tiene la escena del Calvario. Establecida así su celebración, esta fiesta mantiene y continúa esa relación mística, formando casi una unidad también simbólica con la exaltación de la santa Cruz.

Los criterios que orientaron la reforma de la liturgia de la Iglesia en la época postconciliar —la era del papa Pablo VI— tuvieron en cuenta esa relación de María con el Cristo doliente. En el fondo, esta relación en sentido universal, es una enseñanza del Concilio Vaticano II, y de la mariología del postconcilio. Pablo VI se hizo eco de esto en la exhortación apostólica *Marialis cultus* (2, 2, 1974). La liturgia renovada debía poner de relieve la celebración de la historia, o de la obra de la Salvación, conmemorando los tiempos especialmente significativos, como Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua..., las solemnidades del Señor y de la Virgen María, y también las celebraciones que conmemoran acontecimientos salvíficos, entre los cuales, después de las fiestas del ciclo de Navidad y la fiesta de la Visitación, Pablo VI recuerda la «memoria de la Virgen Dolorosa»: «ocasión propicia —dice el papa— para revivir un momento decisivo de la historia de la salvación, y para venerar, junto con el Hijo exaltado en la Cruz, a la madre que comparte su dolor (*Marialis cultus*, MC, 7).

En estas palabras del papa se insinúa una de las razones determinantes de la celebración de este misterio en la liturgia actual, y de su inclusión en el calendario litúrgico, aparte de su valor histórico. La celebración de Nuestra Señora de los Dolores es un complemento de la celebración de la «Exaltación de la Santa Cruz». Sin ella quedaría incompleta para el pueblo cristiano la contemplación amorosa y devota de la Cruz de Cristo y la visión de su muerte en la Cruz, y de su misma exaltación victoriosa. Porque la Virgen María estuvo íntimamente asociada a su hijo en la obra de la salvación desde su predestinación eterna antes de la creación del mundo, en el mismo decreto de la Encarnación. Desde su predestinación María formó una unidad de salvación en los designios salvíficos de Dios, juntamente con su Hijo. En la realización en el tiempo de la redención del género humano, ella colaboró con su Hijo y bajo él, en frase del Vaticano II (LG, 56), en la redención de los hombres, en una unión indisoluble con él. Por esto es nuestra Madre en el orden de la gracia.

Uno de los momentos más importantes de la asociación de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación fue aquel en que la Madre padeció el dolor y los sufrimientos de su amado Hijo, en primer lugar en la circuncisión y en su presentación en el templo, y sobre todo en los días de la pasión y de su muerte en la Cruz.

La fiesta litúrgica

El *sensus fidelium*, o el *sensus Ecclesiae* —que es lo mismo—, ha reconocido siempre esta asociación de la Madre con el Hijo en la historia de la salvación, y en particular en los momentos de dolor y en los misterios de carácter y de valor propiamente sacrificial. Por eso, la Iglesia, desde la época de los Santos Padres, ha recordado con devota veneración los dolores de Nuestra Señora, interpretando la profecía de Simeón, y contemplando teológicamente el misterio de la Cruz. Orígenes y los escritores orientales principalmente vieron en la «espada de dolor» el símbolo de los dolores de la Madre del Mesías.

A partir del siglo VIII, los escritores eclesiásticos hablan de la «compasión» de la Virgen, es decir: de su participación en los dolores del crucificado, o de su «compadecimiento». Desde el siglo XII se dio culto a los cinco dolores de María, que más tarde pasaron a ser siete. La multiplicación de himnos de carácter religioso, composiciones poéticas en forma de «lamentaciones» o llanto de María», que dan lugar a un género de literatura muy peculiar, de carácter cultual: los *planctus Mariae*, que en parte pasan a las liturgias locales en la Edad Media, son un testimonio la devoción que el pueblo fiel profesaba a la Virgen Dolorosa.

La fiesta litúrgica propiamente dicha de la Virgen de los Dolores comenzó a celebrarse en Occidente en la Edad Media. Primero se celebraba como una conmemoración que se hacía después de la celebración de la Pascua, ya que no había habido lugar en otros días, por su asociación con Cristo en la pasión. No se sabe cuándo ni dónde se introdujo esta conmemoración de la «*Commendatio Beatae Mariae Virginis*», que era un recuerdo de la Virgen en el Calvario, y de la encomienda que Jesús había hecho de ella a su discípulo Amado desde la Cruz.

En el siglo XIII los servitas, o siervos de María, celebraban ya la «*commendation*, o recuerdo de María bajo la Cruz, con oficio especial y misa. En el siglo XIV consta que se celebraba una fiesta litúrgica en Alemania el viernes después del tercer domingo de Pascua. Más adelante a esta celebración se le dio el título de *Transfixio*, seu de *Martyrio Cordis Beatae Mariae* o *De Lamentatione Beatae Mariae Virginis* o *De Planctu Beatae Mariae Virginis* o, finalmente, *De Doloribus Beatae Mariae Virginis*.

En algunas iglesias se conmemoraban solamente los cinco dolores de la Virgen. En el siglo XV, y más a partir del siglo XVII, se celebraba la fiesta de la Dolorosa, principalmente entre los servitas, en forma parecida a la actual. En ese siglo celebraban dos fiestas conmemorativas de los siete dolores de María. Una en el viernes después del domingo de Pasión, conocido como el «Viernes de Dolores»: y otra en el tercer domingo de septiembre, con rito doble de II clase. El papa Benedicto XIII extendió a toda la Iglesia la fiesta del «Viernes de Dolores» en 1472; y lo mismo hizo el papa Pío VII en 1814 con la segunda fiesta, fijando su celebración en el día 15 de septiembre.

“El Señor al verla se compadeció de ella y le dijo: ¡No llores!”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol Pablo a los Corintios 12,12-14.27-31a:

Hermanos:

Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos.

Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro. Pues en la Iglesia Dios puso en el primer lugar a los apóstoles; en el segundo lugar, a los profetas; en el tercero, a los maestros; después, los milagros; después el carisma de curaciones, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O todos maestros? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan?

Ambicionad los carismas mayores.

Salmo de hoy

Sal 99 R/. Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño

Aclama al Señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores. R.

Sabed que el Señor es Dios:
que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño. R.

Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos,
dándole gracias y bendiciendo su nombre. R.

El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 7,11-17

En aquel tiempo, iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, y caminaban con él sus discípulos y mucho gentío.

Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba.

Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo:
«No llores».

Y acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo:
«¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!».

El muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre.

Todos, sobrecogidos de temor, daban gloria a Dios, diciendo:
«Un gran Profeta ha surgido entre nosotros», y «Dios ha visitado a su pueblo.»

Este hecho se divulgó por toda Judea y por toda la comarca circundante.

Reflexión del Evangelio de hoy

«Hemos recibido un mismo Espíritu en el Bautismo para formar un solo Cuerpo»

Las epístolas de Pablo a la Iglesia de Corinto, son dos cartas de amonestación y consejo, a una comunidad especialmente querida por Pablo. Corinto es una ciudad portuaria con una variopinta vida social donde se hacía gala de libertades individuales. Pablo había fundado una comunidad cristiana, que inició su andadura con una gran ilusión y carisma. Pero cuando Pablo desaparece, aparecen los primeros problemas derivados de la confrontación con el paganismo y la inmoralidad reinante en la ciudad. Aparecen divisiones y bandos en la comunidad, libertinaje moral, errores doctrinales, etc., frente a los que Pablo intenta restablecer el orden y el recto criterio. Así, va exponiendo en su carta los grandes temas doctrinales que orientarán asuntos prácticos de la vida cotidiana de la comunidad y que son un referente actual para la vida de nuestras comunidades.

En este fragmento nos expone de una forma plástica y ejemplar la unidad que debe tener la comunidad de cristianos, salvados y reconciliados con Dios por la muerte de Jesús y el bautismo en su Espíritu. Todos, cada uno con el carisma propio y la dedicación de sus cualidades y talentos y la vocación de servicio que Jesús nos enseñó, ocupan un lugar imprescindible en la comunidad de creyentes. Pero sobre todo, con el carisma superior a todos los demás, que es el amor en Cristo. Un amor que hace que nadie pueda ser extraño para nosotros, mucho menos los que hemos comido y bebido el mismo Espíritu. La hermandad, el amor sin condiciones, la entrega a los otros, debe ser el distintivo que nos identifique como comunidad de cristianos.

«¡Exaltad a Yahvé nuestro Dios, postraos ante el estrado de sus pies! ¡Santo es Él!» (Sal. 99).

«El Señor al verla se compadeció de ella y le dijo: “¡No llores!”»

El amor que Jesús nos enseña es un amor cargado de ternura, un amor sincero, dulce, compasivo. Él hace realidad en este pasaje dos mensajes fundamentales:

Bienaventurados los misericordiosos, los que se ocupan de los pobres, los abandonados, los desprotegidos, como los niños y las viudas. Ninguna desgracia puede sernos extraña, ningún problema puede dejarnos indiferente. La bienaventuranza significa ser compasivo, solidario, consentir con el desvalido, necesitado o sufriente.

Y, un segundo mensaje, que el Señor es dueño de la vida y de la muerte, que la resurrección de Jesús cambia el sentido de la vida de los hombres. La muerte ya no puede entristecernos, porque la mano de Dios está cobijando nuestra existencia.

«¡No llores!» Dios que se ocupa de los seres más pequeños de la tierra, de las hierbas del campo y de los pájaros del cielo, mucho más se ocupará de nuestra existencia para llenarla de vida. Dios es dueño de la vida y puede retornarla; pero sobre todo, está al principio, al medio y al fin de nuestra existencia, sosteniendo nuestros pasos y guiando nuestro destino. La mano de Dios, su regazo y su abrazo, mantienen nuestra esperanza y alegran nuestro vivir en el amor de Dios.



D. Oscar Salazar, O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)

Santos Cornelio y Cipriano

Mártires

La liturgia romana celebra en una misma memoria a los santos Cornelio y Cipriano, pese a que no fueron martirizados ni en el mismo día ni en el mismo sitio. La razón es sin duda la sintonía espiritual que hubo entre ambos en vida y que se manifestó en su correspondencia y en el afecto que se demostraron. Eran obispos, el uno de la principal sede de Occidente, Roma, y el otro de la principal sede del África latina, Cartago. Hicieron ambos frente a la desviación montanista de Novaciano y defendieron ambos de forma ejemplar la unidad de la Iglesia.

Cipriano le escribió a Cornelio: «En caso de que Dios le haga a uno de nosotros la gracia de morir pronto, que nuestra amistad continúe junto al Señor». De esa amistad, que continúa en el cielo, se hace eco la liturgia romana al celebrarlos juntos en una sola memoria.

San Cornelio, Papa

Tras la muerte del papa Fabián, en enero del 250, la comunidad cristiana de Roma, atribulada por la intensa persecución de Decio, se sintió incapaz de elegir un nuevo obispo hasta marzo del año 251 en que, reunidos los fieles y el clero, fue promocionado al episcopado Cornelio. La noticia sentó muy mal al emperador Decio, del que se dice que hubiera soportado mejor la noticia de la elección de un anticésar que la de la elección de un nuevo obispo para Roma.

Se calcula que la comunidad de Roma estaba formada ya entonces por unos treinta mil fieles, siendo 46 los presbíteros, 7 los diáconos, 7 los subdiáconos, 42 los acólitos, 52 los exorcistas, lectores y ostiarios, y sostenía a 1.500 viudas y pobres. Quisiera o no el emperador, el cristianismo era ya una realidad social importante de la capital del Imperio.

Cornelio hubo de hacer frente en seguida a una problemática desatada tras la persecución: ¿qué hacer con los cristianos que por debilidad habían sacrificado a los dioses en la persecución y ahora querían volver al seno de la Iglesia? Rápidamente surgieron dos opiniones: la rigorista que se negaba a reconciliar a los lapsos y la misericordiosa, que entendía que si se arrepentían y hacían penitencia había que reintegrarlos a la comunidad. Cornelio se decantó por esta segunda actitud y seguramente no esperaba la respuesta tan desesperada que la tendencia rigorista le opuso. Negó la legitimidad de la elección de Cornelio y le opuso un antipapa: Novaciano, que había sido promocionado al presbiterado en el anterior pontificado, el del papa Fabián. Muy pronto el grupo de Novaciano, en el que se integraron personas de cierta distinción, conectó con grupos descontentos de África, Galia y Asia Menor. Novaciano, que era teólogo, presentaba a la Iglesia como santa en el sentido de que no podía permitir a los pecadores en su seno y por ello a los que habían renegado de Cristo y habían adorado a los dioses no podía acogerlos, y negaba que la Iglesia tuviese facultad para perdonar un pecado tan enorme, que quedaba exclusivamente sometido al justo juicio de Dios.

Cipriano, el obispo de Cartago, que padecería también en su sede la existencia de grupos disidentes, no tardó en apoyar a Cornelio y escribirse con él, sintonizando ambos en sentimientos, y elogiando la persona del papa con elogios tan sinceros como fuertes. Elogia en Cornelio la humildad, la clemencia, la modestia, la continencia, el excelente gobierno, la energía y la seguridad de espíritu.

Novaciano se dirigió al obispo de Alejandría, San Dionisio, y pretendió atraerlo a su opinión, pero el santo obispo le respondió con dulzura invitándolo a abandonar su pretensión episcopal y a adherirse sinceramente a Cornelio.

Había en la Iglesia de Roma un grupo particular que estuvo tentado a adherirse al cisma novaciano, y fue el de los confesores de la fe, es decir, el de aquellos que en la persecución habían sido arrestados y atormentados o encarcelados, pero que no habían muerto. Ellos hacían fuerte contraste con los lapsos que ante las mismas cosas —arresto, cárcel, tormentos, etc.— habían apostado. Estos confesores tendían al rigorismo, por parecerles que era mejor manera de subrayar su propio testimonio, pero finalmente los convenció el testimonio de Cornelio y se adhirieron al papa, que no tuvo en cuenta las veleidades novacianas del grupo, sino que acogió a todos paternalmente.

Cornelio se vio precisado a reunir un sínodo de obispos en Roma, en el otoño del año 251 y en este sínodo se examinó la pretensión episcopal de Novaciano y sus alegatos doctrinales. El sínodo se estuvo por la legitimidad de Cornelio y condenó las tesis de Novaciano, señalando el poder de la Iglesia para reconciliar a los pecadores arrepentidos. Novaciano fue expulsado de la Iglesia.

Por su parte, Cipriano celebró también un sínodo en Cartago, en donde quedó establecido lo mismo que en Roma: que los lapsos arrepentidos, después de haber hecho la oportuna penitencia, podían ser reconciliados con la Iglesia. Cipriano notificó a Cornelio las decisiones de su sínodo, que Cornelio aprobó por completo.

Cipriano hubiera deseado en Cornelio una mayor decisión a la hora de condenar a Felicísimo que en Cartago encabezaba un cisma contra Cipriano y se queja de que Cornelio no fuera tan enérgico como él, pero esto no enturbió las relaciones de amistad entre ambos santos.

No llevaba sino dos años al frente de la comunidad cristiana de Roma, cuando Cornelio se vio obligado a salir de la ciudad e ir a Civitavecchia por orden del emperador Treboniano Galo, que no quería un obispo en Roma. Parece que en junio de ese año 253 Cornelio murió en Civitavecchia. A algunos les parece que sencillamente fue decapitado, a otros que murió de resultas de las penalidades padecidas desde su arresto y en el destierro. De todos modos la comunidad romana lo tuvo por mártir y con este título aparece en su lápida sepulcral en las catacumbas de San Calixto en la vía Apia, lo que indica que, aunque muerto en el destierro, su cuerpo fue llevado a enterrar a Roma.

José Repetto Betes

San Cipriano de Cartago

De converso a Obispo

El segundo teólogo y primer obispo africano mártir, Tascio Cecilio Cipriano, nació probablemente en Cartago entre los años 200-210, de familia pagana, rica, muy culta y metida en la burguesía. Refiere su biógrafo y discípulo Poncio que por influencia del presbítero cartaginés Ceciliano, o, según San Jerónimo, Cecilio, de quien habría recibido el sobrenombre, «se convirtió al cristianismo y dio todas sus riquezas a los pobres» (De vir, ill.

67; Vita, 4). Bajo su dirección habría comenzado el estudio de la Biblia y es verosímil que también el de los escritos tertulianistas. Precisamente en A Donato, primer opúsculo apologético y obra de todo un rétor, exterioriza ya, a propósito de la conversión, el plano político-moral. De hecho, en el relato conversional acumula elementos doctrinales tanto de la catequesis cristiana en África como de la expresión lingüística de la retórica, antes cursada y que, al decir del cronista dálmata, profesó y enseñó con brillantez, ejerciendo incluso de abogado. Hasta el fin de sus días, supo ser amigo de sus amigos paganos de alta posición.

Convertirse supuso en él profesar de lleno las virtudes sobremana cristianas de la caridad y la castidad, amén del sacrificio no menos visible y difícil de la renuncia a las letras profanas que había enseñado. Lo cierto es que, apenas convertido (246), y bautizado, recibió el sacerdocio. «Por aclamación del pueblo», también enfrentándosele algunos presbíteros metidos en años, entre ellos Novato, es elegido, entre finales del 248 y principios del 249, obispo de Cartago. Su episcopado se reveló de capital interés para la historia de la Iglesia, y él, ejerciéndolo, de gran temple y subida espiritualidad.

Por de pronto hubo de iniciarlo enfrentado a las malas costumbres introducidas en su Iglesia metropolitana, aquella inolvidable Cartago, centro religioso y primera sede africana, entonces parte importante de la Iglesia universal, sin duda la más destacada en Occidente después de la de Roma: ella sola contaba con más de 150 obispados. De la gran persecución decretada por Decio en el 250 iba a quedar el espinoso problema de los lapsos, frente al cual se mostró inflexible a la vez que benévolo. A resultas de lo cual, no tardó en aparecer el cisma novaciano. Mientras tanto, y apenas pudo regresar a la sede cartaginesa en el 251, se entregó de cuerpo y alma a reorganizar la paz en la metrópoli.

De peor cariz, y peligrosamente escisoria en su caso, se reveló la controversia bautismal del siglo III entre Roma y Cartago, o lo que es igual, pero reducido a nombres, entre San Esteban I, papa, y San Cipriano, obispo de Cartago, a propósito del bautismo de los herejes: el metropolitano cartaginés y la Iglesia africana toda cerrando filas con él, defendían el re-bautismo. Aunque según tradiciones la problemática quedó resuelta en Arlés (314), por lo que hace a las personas fue la nueva persecución de Valeriano la que, de momento, lo aplazó con el martirio de Esteban I (30 de agosto de 257). Tras el destierro a Curubis (provincia Zeugitania), no tardó en ser reconducido a Cartago, donde Cipriano murió mártir el 14 de septiembre de 258.

Pedro Langa O.S.A

Mié

17
Sep

2014

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“¿A quién se parecen los hombres de esta generación?”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 12, 31 – 13,13

Hermanos:

Ambicionad los carismas mayores. Y aún os voy a mostrar un camino más excelente.

Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde.

Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada.

Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría.

El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad.

Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasa nunca.

Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará.

Porque conocemos imperfectamente e imperfectamente profetizamos; mas, cuando venga lo perfecto, lo imperfecto se acabará.

Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño.

Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios.

En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor.

Salmo de hoy

Sal 32, 2-3.4-5. 12 y 22 R/. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad

Dad gracias al Señor con la cítara,

tocad en su honor el arpa de diez cuerdas;

cantadle un cántico nuevo,

acompañando los vítores con bordones. R/.

La palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. R/.

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que él se escogió como heredad.
Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 7, 31-35

En aquel tiempo, dijo el Señor:

«¿A quién, pues, compararé los hombres de esta generación? ¿A quién son semejantes?

Se asemejan a unos niños, sentados en la plaza, que gritan a otros aquello de:

“Hemos tocado la flauta

y no habéis bailado,

hemos entonado lamentaciones,

y no habéis llorado”.

Porque vino Juan el Bautista, que ni come pan ni bebe vino, y decís: Tiene un demonio; vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: “Mirad qué hombre más comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores”.

Sin embargo, todos los hijos de la sabiduría le han dado la razón».

Reflexión del Evangelio de hoy

El amor no pasa nunca

Hoy es uno de esos días de suerte por lo que hace referencia a la primera lectura. La inspiración de Pablo y la claridad con que se expresa no necesitan comentario respecto al contenido. Es uno de los grandes textos que se invocan cuando se trata de hablar del amor. Todos lo entendemos. Diría que el deseo profundo del corazón humano es poder dar y recibir un amor de esas características. Ciertamente el escepticismo puede tentarnos e inducirnos a pensar que tal amor no existe. Diríamos que la experiencia que vivimos o contemplamos en el entorno y el mundo, contradice lo que Pablo nos expone como “definición” del amor.

Me atrevería a decir que la maravillosa intuición de Pablo bucea en lo que él descubre como propio del amor que DIOS ES y, en consecuencia, del amor que nosotros, como hijos, estamos llamados a “ser”.

Podemos leer esta lectura desde diferentes perspectivas. Nuestra fragilidad puede inclinarnos a percibirla como palabra que nos “juzga”, que pone de manifiesto aquello que no somos capaces de vivir respecto al amor. Quizá no sea lo más sano porque puede llevarnos de frustración en frustración. Nosotros somos peregrinos y la meta (en este caso vivir ese amor de Dios) ilumina el camino y da sentido a cada paso de la vida, pero no la “conquistaremos” mientras dure la marcha... más bien sería una mala señal creer que ya vivimos ese amor que hoy se nos propone.

Pero sí podemos ponernos en las manos de Dios y presentarle con sencillez nuestra situación, lo que nos resulta difícil vivir desde el amor. Y expresarle nuestro deseo de “dejarnos hacer” por Él, para irnos acercando a esa experiencia del verdadero amor.

¿A quién se parecen los hombres de esta generación?

El pequeño texto evangélico de hoy se inicia con esta pregunta de Jesús, que después de veinte siglos sigue teniendo vigencia.

La imagen de los niños que gritan su descontento mutuo (“tocamos la flauta y no bailáis, cantamos lamentaciones y no lloráis”) está señalando claramente a actitudes de ayer y de hoy que nos cierran y dificultan nuestra colaboración en la llegada del Reino:

Puede ocurrir que seamos tan “de los nuestros” que no podamos estar abiertos al diálogo, a la escucha, a la colaboración, al descubrimiento de las huellas de Dios que se encuentran en todo aquello que no somos nosotros y nuestras cosas.

Pero también podemos haber “olvidado” el modo de descubrir lo valioso de la realidad y sólo veamos las “pegas” de todo cuanto existe. Nos serviría como una buena disculpa para tratar de justificar nuestra falta de implicación. Es como si pretendiéramos situarnos al margen de lo no-perfecto, pero en realidad supone la toma de muchas decisiones: creernos “por encima de”, excluirnos del compromiso junto a los otros, convertirnos en jueces de los demás...

Todos podremos intuir fácilmente cómo nos situamos (personal o grupalmente) ante el planteamiento que Jesús hace. Y suplicar que sepamos mirar la realidad con sus ojos.

En cualquier caso me encanta que, con ocasión de esta confrontación, Jesús nos diga algo de sí mismo, por comparación con el Bautista: viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: “Mirad qué comilón y qué borracho, amigo de publicanos y pecadores.” Él es un hombre normal, al que sus enemigos se atreven a tildar de comilón, borracho, frecuentador de malas compañías... ¡Qué alegría que éste sea el Señor Jesús, a quien seguimos, aquél que entregó la vida hasta el final tratando de mostrarnos el rostro del Dios que nos salva!

Hna. Gotzone Mezo Aranzibia O.P.



Jue Evangelio del día
18
Sep Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
2014 Hoy celebramos: San Juan Macías (18 de Septiembre)

“Por la gracia de Dios soy lo que soy.”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 1-11

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, en el que además estáis fundados, y que os está salvando, si os mantenéis en la palabra que os anunciamos; de lo contrario, creísteis en vano.

Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí.

Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios.

Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien; tanto yo como ellos predicamos así, y así lo creísteis vosotros.

Salmo de hoy

Sal 117, 1-2. 16-17. 28 R/. Dad gracias al Señor porque es bueno

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia. R/.

«La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa».
No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor. R/.

Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 7, 36-50

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo:

«Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora».

Jesús respondió y le dijo:

«Simón, tengo algo que decirte».

Él contestó:

«Dímelo, Maestro».

Jesús le dijo:

«Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó abs dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?».

Respondió Simón y dijo:

«Supongo que aquel a quien le perdonó más».

Le dijo Jesús:

«Has juzgado rectamente».

Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón:

«¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste

la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco».

Y a ella le dijo:

«Han quedado perdonados tus pecados».

Los demás convidados empezaron a decir entre ellos:

«¿Quién es este, que hasta perdona pecados?».

Pero él dijo a la mujer:

«Tu fe te ha salvado, vete en paz».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Según las Escrituras”

La primera lectura de hoy recoge el germen de lo que más tarde llegaría a constituir la profesión de fe, el Credo. De hecho el apóstrofe “según las escrituras”, apunta a una formulación fijada ya para uso de los primeros cristianos. Varias veces nos dice Pablo en sus cartas que él transmite lo que a su vez ha recibido, constituyéndose en garante de una tradición viva, que es oral antes que escrita.

En esta formulación se nos presenta el hecho fundamental de la fe cristiana: la resurrección. Sin ella vana es nuestra fe. La fe en la resurrección no se apoya en certezas, porque nadie fue testigo directo del hecho de la resurrección, y por tanto nadie puede explicarlo. Se apoya en el testimonio de los que se encontraron con el Resucitado, y tuvieron experiencia de que Él estaba vivo.

Nosotros somos los herederos de ese testimonio y sólo haciendo la experiencia del encuentro vivo y personal con Cristo Resucitado podremos ser testigos cualificados de esta fe que hemos recibido.

Ya lo dijo Benedicto XVI y lo repite el Papa Francisco en la Evangelii Gaudium: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello, una orientación decisiva” (Evangelii Gaudium, 7; Deus caritas est, 1).

Este acontecimiento es la Resurrección, esta Persona Jesucristo, el Primogénito de entre los muertos.

¿Ves a esta mujer?

Un fraile contó que una vez vio una exposición de fotografías de niños de la calle en un país latinoamericano. Las fotografías habían captado distintos momentos de la realidad de estos niños y había fotos de todo tipo: niños pidiendo, otros revolviendo la basura, otros tirados esnifando productos, etc., etc., y así cientos de ellas. Además cada foto iba acompañada de una leyenda cuya finalidad, más que explicativa, era para impactar al espectador.

Pero tan sólo una foto llamó su atención: era un niño pequeño de 9 años, más pequeño de lo normal por la desnutrición. No estaba haciendo nada más que mirar fijamente a la cámara, con cara triste; la leyenda decía: “¡saben que existo, pero nadie me ve!, Javier, 9 años”. Eso mismo pudo decir esta mujer a Jesús: “saben que existo, pero nadie me ve, y, si me ven, es para usarme o juzgarme”.

Sin embargo Jesús sabe mirar con otros ojos; Él ve con el corazón y, dejando que la mujer le muestre su amor, y con sólo una pregunta –“¿ves a esta mujer?”–, es capaz de devolverle en un instante a la mujer toda su dignidad, restaurándola a una vida nueva.

Es una fuerte invitación a que revisemos nuestras miradas y en consecuencia a que revisemos nuestro corazón porque ya sabemos que “sólo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”.



MM. Dominicicas
Monasterio de Santa Ana (Murcia)

San Juan Macías

San Juan Macías nace en Ribera de Fresno (Badajoz) el año 1585. Huérfano a los cuatro años, desde muy niño fue dedicado al oficio de pastor. Su vida esta marcada por una primera educación familia de especial devoción a la Virgen María, particularmente mediante el rezo del Rosario. Las largas horas cuidando ovejas le permiten adquirir hábitos contemplativos. Piensa mucho en el texto del Apocalipsis: "vi un cielo nuevo y una tierra nueva" y lo identifica con las Américas, hacía poco descubiertas. Emigra a América del Sur. En una nave mercante llega a Cartagena de Indias (Colombia) y más tarde a Lima. Allí pide el hábito de hermano cooperador, en el **convento de Santa María Magdalena**, en 1622, cuando contaba treinta y siete años. Su vida se distingue por una **gran pobreza, humildad y caridad**, es una persona sencilla y siempre abierta al cambio de vida. Aprende de los acontecimientos y de la lectura de la Palabra de Dios. Su oración es muy profunda: en ella la Virgen María y San Juan Evangelista le ayudan a encontrarse permanentemente con Cristo. Es un hermano muy respetuoso de los consensos comunitarios e incansable trabajador.

Fue portero del convento durante veinticinco años. Desde ese puesto ejercita una increíble obra de beneficencia material y espiritual con limosnas y con el rosario ofrecido por los pecados propios por los demás y en sufragio por las almas del purgatorio. Tuvo también mucho influjo en la ciudad con sus consejos. Aquella portería de la Magdalena se convierte en lugar de comunión y participación de pobres y enfermos. Allí Juan Macías ora con ellos, les imparte catequesis y les ayuda en sus necesidades. Su acción va más allá del recito conventual. Es capaz de amaestrar un borriquillo que con él pide limosna. Más de una vez, sin guía alguna, se dirige a las casas de los necesitados llevándoles alimento. Contemporáneo de San Martín de Porres y Rosa de Lima, es también evangelio viviente del Señor Jesús. También como San Martín, sufre con valentía injurias y calumnias por su caridad heroica con los necesitados.

San Juan Macías murió en Lima el 15 de septiembre de 1645. Su cuerpo se venera en la basílica del Rosario. Fue beatificado por Gregorio XVI en 1813 y canonizado por Pablo VI el 28 de septiembre de 1975.

Más información: [Grandes Figuras](#)

Vie

19

Sep

2014

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

"Algunas mujeres acompañaban a Jesús "

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 12-20

Hermanos:

Si se anuncia que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos?

Pues bien: si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra él, diciendo que ha resucitado a Cristo, a quien no ha resucitado... si es que que los muertos no resucitan.

Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; y, si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís estando en vuestros pecados; de modo que incluso los que murieron en Cristo han perecido.

Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto.

Salmo de hoy

Sal 16, 1. 6-7. 8 y 15 R/. Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor

Señor, escucha mi apelación,
atiende a mis clamores,
presta oído a mi súplica,
que en mis labios no hay engaño. R/.

Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío;
inclina el oído y escucha mis palabras.
Muestra las maravillas de tu misericordia,
tú que salvas de los adversarios
a quien se refugia a tu derecha. R/.

Guárdame como a las niñas de tus ojos,
a la sombra de tus alas escóndeme.
Yo con mi apelación vengo a tu presencia,
y al despertar me saciaré de tu semblante. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 8, 1-3

En aquel tiempo, Jesús iba caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, proclamando y anunciando la Buena Noticia del reino de Dios, acompañado por los Doce y por algunas mujeres, que habían sido curadas de espíritus malos y de enfermedades: María la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes; Susana y otras muchas que les servían con sus bienes.

Reflexión del Evangelio de hoy

San Pablo insiste en que “si los muertos no resucitan, Jesucristo tampoco resucitó”. Pero los discípulos lo vieron antes de morir, lo vieron morir y lo volvieron a ver repetidas veces, después. Por eso, ellos son testigos de la resurrección.

En el Evangelio, Jesús aparece acompañado de discípulos y discípulas en sus correrías apostólicas. Sabemos que fueron muchos los curados por Jesús de diversas enfermedades; con seguridad que también habría hombres entre sus seguidores que quisieran, de esa forma agradecer los dones recibidos. Pero, hoy solo constan mujeres, incluso con sus nombres. Agradecemos a Lucas estos detalles que nos ayudan mucho a comprender y a admirar a Jesús.

Jesús con discípulos y discípulas

Antes de decir una palabra sobre el Reino y su anuncio, voy a enmarcarlo. El marco de referencia no sólo ayuda a comprender el mensaje sino que de alguna manera forma parte del mismo. El marco hoy es Jesús con sus discípulos y sus discípulas, con nombres y con detalles de lo que hacían unos y otras.

Ciñéndome a las mujeres, dado que de los discípulos sabemos mucho más por el Evangelio, lo primero que llama la atención es lo chocante que tuvo que ser para los contemporáneos de Jesús. No era normal que los maestros tuvieran discípulas; y Jesús las tuvo, en algún momento con un papel un tanto predominante, y siempre recibiendo gustoso su ayuda y su colaboración. No eran personas ilustres, aunque una, Juana, estuviera casada con un administrador de Herodes. De María Magdalena sabemos lo que Jesús había hecho por ella y su agradecimiento; y de Susana, ni eso siquiera, sólo que le seguía y que le ayudaba con sus bienes, lo mismo que las otras. Fueron tan fieles a Jesús que, incluso cuando al pie de la cruz casi todos los discípulos huyeron por miedo, ellas siguieron allí acompañándolo con María, su madre. Y lo mismo hicieron después, sobresaliendo María Magdalena a quien Jesús se aparece resucitado, enviándola a los discípulos.

Elevemos hoy un canto a las mujeres que, llamadas por Jesús como los apóstoles, lo acompañan, le sirven y cooperan con él en la implantación del Reino. Y elevemos también un canto agradecido a las mujeres que, a lo largo de la historia y, en particular, hoy, llamadas o no por nosotros, siguen acompañando, sirviendo y amando a Jesús, y que, sin ellas, el Reino no sería el mismo.

Predicaba la Buena Noticia del Reino

Jesús ya había estado en las sinagogas predicando el Reino. Ahora le vemos “yendo de pueblo en pueblo” predicando, y haciendo discípulos y discípulas para cuando él falte. Predica la Buena Noticia del Reino. Los discípulos predicaban con el seguimiento; las mujeres con el seguimiento y compartiendo con él sus bienes, una de las notas del Reino de Dios.

Quizá tan importante como lo que hacía Jesús era cómo lo hacía. Me refiero a las actitudes que mostraba siempre que hablaba o actuaba. Su predilección —no exclusividad— por los pobres, los niños, los enfermos, los, de la forma que fuera, sufrientes y maltratados. Mostraba a flor de piel compasión y misericordia, y la gente lo notaba. Quizá se notaba más por el contraste entre el comportamiento de los poderes fácticos, sacerdotes, levitas, escribas, fariseos, y el de Jesús, respetando siempre la Ley pero poniendo siempre a la persona por delante. Por eso, la gente decía de él “que hablaba con autoridad, o sea, con credibilidad”. Lo mismo que dice hoy la gente del Papa Francisco: lo mismo que él nos pide hoy a sus discípulos y discípulas.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Sáb
20
Sep
2014

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Santos Andrés Kim, Pablo Chong y cc.mm. (20 de Septiembre)

“El resto cayó en tierra buena ”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 35-37. 42-49

Hermanos:

Alguno preguntará: «¿Y cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?» Insensato, lo que tú siembras no recibe vida si (antes) no muere. Y al sembrar, no siembras el cuerpo que llegará a ser, sino un simple grano, de trigo, por ejemplo, o de cualquier otra planta.

Lo mismo es la resurrección de los muertos: se siembra un cuerpo corruptible, resucita incorruptible; se siembra un cuerpo sin gloria, resucita glorioso; se siembra un cuerpo débil, resucita lleno de fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita espiritual. Si hay un cuerpo animal, lo hay también espiritual.

Efectivamente, así está escrito: el primer hombre, Adán, se convirtió en viviente. El último Adán, un espíritu vivificante. Pero no fue primero lo espiritual, sino primero lo material. y después lo espiritual. El primer hombre, que proviene de la tierra, es terrenal; el segundo hombre es del cielo.

Como el hombre terrenal, así son los de la tierra; como el celestial, así son los del cielo. Y lo mismo que hemos llevado la imagen del hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial.

Salmo de hoy

Sal 55, 10. 11-12. 13-14 R/. Caminaré en presencia de Dios a la luz de la vida

Que retrocedan mis enemigos cuando te invoco,
y así sabré que eres mi Dios. R/.

En Dios, cuya promesa alabo,
en el Señor, cuya promesa alabo,
en Dios confío y no temo;
¿qué podrá hacerme un hombre? R/.

Te debo, Dios mío, los votos que hice,
los cumpliré con acción de gracias;
porque libraste mi alma de la muerte, mis pies de la caída;
para que camine en presencia de Dios a la luz de la vida. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 8, 4-15

En aquel tiempo, habiéndose reunido una gran muchedumbre y gente que salía de toda la ciudad, dijo Jesús en parábola:

«Salió el sembrador a sembrar su semilla.

Al sembrarla, algo cayó al borde del camino, lo pisaron, y los pájaros del cielo se lo comieron.

Otra parte cayó en terreno pedregoso, y, después de brotar, se secó por falta de humedad.

Otra parte cayó entre abrojos, y los abrojos, creciendo al mismo tiempo, la ahogaron.

Y otra parte cayó en tierra buena, y, después de brotar, dio fruto al ciento por uno».

Dicho esto, exclamó:

«El que tenga oídos para oír, que oiga».

Entonces le preguntaron los discípulos qué significaba esa parábola.

Él dijo:

«A vosotros se os ha otorgado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los demás, en parábolas, “para que viendo no vean y oyendo no entiendan”.

El sentido de la parábola es este: la semilla es la palabra de Dios.

Los del borde del camino son los que escuchan, pero luego viene el diablo y se lleva la palabra de sus corazones, para que no crean y se salven.

Los del terreno pedregoso son los que, al oír, reciben la palabra con alegría, pero no tienen raíz; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba fallan.

Lo que cayó entre abrojos son los que han oído, pero, dejándose llevar por los afanes, riquezas y placeres de la vida, se quedan sofocados y no llegan a dar fruto maduro.

Lo de la tierra buena son los que escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Igual pasa en la resurrección de los muertos”

Después de la resurrección de Cristo Jesús, San Pablo razona sobre nuestra resurrección. Nos habla del paso de lo corruptible a lo incorruptible, de lo miserable a lo glorioso, de lo débil a lo fuerte, de lo animal a lo espiritual. “Igual pasa en la resurrección de los muertos”. Benedicto XVI, apoyándose en San Agustín, reconoce que no sabemos en concreto en qué va a consistir esa vida eterna a la que nos conduce nuestra resurrección. “No conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados. Sin embargo, en este no-saber sabemos que esta realidad tiene que existir”. Intuimos que es “el momento pleno de satisfacción... es la vida en sentido pleno... es estar desbordados simplemente por la alegría”. “En el fondo queremos sólo una cosa, la ‘vida bienaventurada’, la vida que simplemente es vida, simplemente ‘felicidad’”. Lo que deseamos es pasarlo siempre bien, sin ninguna limitación, sin un miligramo de mal o malestar. Y en lo positivo, la plenitud en el bien, “lleno absoluto” en el amor, plenitud total en todo lo sabroso de esta vida. Así va a ser nuestra resurrección.

“El resto cayó en tierra buena”

“Salió el sembrador a sembrar”. ¿Por qué los cristianos queremos hacer caso a la palabra, a la lluvia y siembra de la palabra de Dios, de la palabra

de Jesús? En primer lugar, porque, con la ayuda del mismo Jesús, hemos descubierto que El no solamente es hombre sino que es también Dios, es el hijo de Dios. Su saber sobre la vida sobrepasa con creces nuestro saber humano. Con su sabiduría divina y su experiencia humana, conoce mejor que nadie los caminos que llevan a la felicidad y a la alegría y los caminos que llevan a la muerte y a la tristeza. Sabe mucho más que nosotros sobre este asunto que es el arte de vivir la vida humana y sacar buena nota y no suspender y fracasar. En segundo lugar, porque hemos descubierto que Jesús nos quiere y nos quiere hasta el extremo. Y confesamos con san Pablo: "Cristo me amó y se entregó por mí". Por todo lo dicho, cuando Jesús lanza la semilla de su palabra, nosotros queremos acogerla en nuestro corazón y hacerle caso. Dejar que sus palabras, sus enseñanzas calen en nuestro corazón y lo transformen, lo cristifiquen, lo hagan semejante al suyo, cambien nuestra conducta para adaptarnos en todo a lo que él nos indica, porque sabemos que es Dios, nos ama, busca siempre nuestro bien, nos fiamos de él.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Santos Andrés Kim, Pablo Chong y cc.mm.

Una iglesia plantada por seglares

El primer contacto serio entre el catolicismo y un grupo de coreanos se dio en el último tercio del siglo XVIII, cuando unos diplomáticos coreanos conocieron en Pekín a los jesuitas. Éstos los recibieron amablemente en su casa, les enseñaron las iglesias que mantenían abiertas en la ciudad y les dejaron libros, entre ellos el catecismo. Vueltos a Corea, estos libros fueron leídos con interés por el grupo y por sus amigos, todos ellos personas de buena preparación cultural, y el interés se convirtió en algo práctico cuando decidieron enviar a Pekín a uno de ellos, Piek-i, a fin de que conociera el cristianismo con mayor profundidad. Pero Piek-i le pasó la tarea al joven Ri-Sheung-hu-i, el cual en 1783 fue a la capital china y aquí entró en contacto con el obispo monseñor Gouvea. Estos contactos dan pie a que el joven se instruya formalmente en orden al bautismo y efectivamente lo bautice el misionero francés Louis de Granmont, imponiéndole el nombre de Pedro. Vuelve a Corea cargado de libros y objetos religiosos y con el entusiasmo de un neófito se dedica a hacer propaganda del cristianismo entre sus amistades. Y sin pararse en barras, comienza a bautizar a sus amigos que se deciden por el cristianismo y forma una comunidad católica —la primera— de Corea. Comenzaron a tener reuniones los domingos en casa de Kim-bom-u, hasta que las autoridades civiles cayeron en la cuenta de la creación de este nuevo grupo religioso y decidieron prohibirlo en marzo de 1785, arrestando y torturando a Kim-bom-u, y enviándolo al destierro, donde al poco murió.

Pero en 1787, Ri-Seung-hu-i decidió reorganizar la comunidad y, creyendo que podía proceder por su cuenta, designó a cuatro de los cristianos como presbíteros y se permitieron decir misa sin haber precedido una regular ordenación y administrar los demás sacramentos. Además conservaron la costumbre de la veneración a los espíritus de los antepasados pero como no estaban del todo seguros de su proceder, enviaron a uno de ellos a consultar con monseñor Gouvea y a pedirle que les mandara sacerdotes. Monseñor Gouvea naturalmente se llenó de extrañeza de tal proceder y les envió a un sacerdote chino, pero éste tardó mucho en llegar a Corea.

La persecución. Llegan misioneros

Mientras tanto se produjo una formal persecución del cristianismo, toda vez que en 1791 los cristianos fueron denunciados al rey y algunos de ellos murieron a causa de su fe.

Se produjeron así los primeros martirios. Pero ello no fue todavía sino un comienzo de lo que vendría en 1801, cuando la reina regente Chong-su prohibió formalmente el cristianismo como algo ajeno a la tradición y al alma de Corea y mandó a la muerte a trescientos cristianos, entre ellos al sacerdote chino que estaba por fin en Corea desde 1794. En 1812 los cristianos se dirigieron al papa Pío VII pidiéndole misioneros y diciéndole que ellos eran diez mil, cifra que algunos quieren considerar como abultada adrede para conmovier al papa. La misiva no dio resultado y fue repetida ante el papa León XII en 1827, y continuamente insistían ante el obispo de Pekín en su necesidad de sacerdotes. Por fin se nombró un vicario apostólico en 1831, pero éste murió sin haber llegado a su destino. Era monseñor Bartolomé Brugière y pertenecía a la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, a la que la misión coreana se encomendaba. Murió en Mongolia en 1835.

Entonces la Santa Sede nombró a San Lorenzo Imbert, que con los presbíteros San Pedro F. Mauban y San Jaime H. Casta, serían los primeros misioneros occidentales en llegar a Corea.

Ellos encontraron una comunidad realmente existente, en donde la fe era viva y en donde el ejemplo dado por los mártires de los años anteriores era un estímulo de perseverancia en la fe. Los cristianos se sintieron muy alentados por las virtudes de los misioneros que por fin tenían entre ellos. Su ejemplo de pobreza, humildad, dedicación y entrega los animó muchísimo, y aceptaron de buena gana las nuevas estructuras que le dieron a la comunidad, una comunidad que hay que llamarla bien unida y compacta, y que dio numerosas pruebas de estrecha solidaridad mutua. Con clara conciencia de qué era lo principal, ya en 1837 enviaron a tres candidatos al sacerdocio a Macao para su formación, completamente seguros de que el futuro de la Iglesia coreana pasaba por la pronta formación de un clero nativo. Uno de estos tres jóvenes será San Andrés Kim, el que encabeza en la canonización la lista de los mártires.

Los cristianos de Corea pertenecían a todas las clases sociales, incluyendo las altas y las más bajas, personas de la ciudad y personas del campo. Ya había vírgenes consagradas, aunque naturalmente no había conventos, y había eficientes catequistas. Se ayudaban los cristianos entre sí y se protegieron mutuamente en la persecución. Acogían con amor a los misioneros y los llevaban de una casa a otra para protegerlos, y corrían con generosidad los riesgos que ello comportaba. La caridad con los cristianos necesitados recordaba la comunión de bienes de la Iglesia primitiva.

La gran persecución

En esta comunidad comenzará a cebarse la nueva persecución que tuvo lugar en el corazón del siglo XIX y a la que pertenecen los santos que Juan Pablo II canonizó en Seúl el 6 de mayo de 1984, siendo el primero de ellos de 1838 y el último de 1867, treinta años de prueba que la comunidad católica soportó con entereza y con entrega plena a la voluntad de Dios. Bien ha merecido esta comunidad cristiana que la Santa Sede reconozca su epopeya martirial con la canonización simultánea de esos 103 mártires que habían sido beatificados en varias ceremonias sucesivas, no conjuntamente. Entre ellos, pues, no están los del siglo XVIII ni los de la persecución de 1801 y siguientes, cuyo estudio está pendiente todavía.

El día **21 de Septiembre de 2014** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).